

Mi nombre es Rodolfo Luis Ajcojóm Yach. Mi padre me puso Rodolfo Luis en honor a un sacerdote español que fue asesinado en 1886, cuatro años antes de que yo recibiera parte de su espíritu. Cuando nací aquí en el Lago Atitlán, su espíritu me llegó en forma de un pez gigante. Muchos años después llegué a comprender que el *nabual* que más me ha protegido es el coyote, pero no tengo idea de quién me lo dio o cómo lo recibí. Quizás me lo pasó mi abuelo, ya que los abuelos usualmente heredan algo de sus espíritus a sus nietos. Pero los coyotes tienen suerte, son inteligentes y astutos —y según mi papá mi abuelo no nació con suerte.

Yo tuve la gran suerte de ser la primera persona de mi pueblo, Santa Catarina Palopó, que pudo estudiar tres años de escuela primaria. Si caminamos una hora desde Santa Catarina por la orilla del lago siguiendo el sol llegamos a Panajachel. Allí tuve que irme a vivir con una familia ladina para poder ir a la escuela porque en mi pueblo sólo había primer grado. En Panajachel aprendí a hablar español casi sin acento —y hasta a leer y escribir,

el secreto para estar tú-a-tú con los ladinos. A pesar de que la mayoría de guatemaltecos tenemos abuelos *naturales* y españoles, los ladinos no se consideran *indios* y se sienten muy orgullosos de sus ancestros europeos. Casi nunca se toman la molestia de aprender uno de nuestros idiomas a menos que sea para darnos órdenes.

Panajachel tiene más ladinos que cualquier otro de los doce pueblos alrededor del lago. Yo me imagino que es porque la carretera que conduce a la capital, que se encuentra a tres días de camino por donde nace el sol, pasa por Panajachel antes de llegar a Sololá. Yo siempre he sido muy curioso. Los mayores en mi pueblo me decían *machiq nojel taq'utuj* (ya no preguntes tanto) pero siempre respondían a mis preguntas con largas explicaciones recibidas de los abuelos de por qué hacemos las cosas *así o asá*. Cuando me fui a estudiar a Panajachel yo le hacía preguntas a la familia ladina con quien vivía. En vez de responderme decían “qué indio tan lamido éste” o “pero qué igualado salió este indito” y se reían entre ellos. Sólo doña Arcadia no se reía y los miraba muy seria hasta que se callaban. Aprendí a hacerle mis preguntas sólo a don Eliseo y a doña Arcadia, lejos de los oídos de los demás. Además me gané el respeto de varias familias ladinas por mi “prudencia” y “lealtad”. Así fui aprendiendo mucho sobre cómo viven los ladinos, cómo ven las cosas, y cómo es el mundo más allá de mi *tz'utz'ul laj nuchoy* (hermoso lago cristalino).

Aprendí que los límites de los municipios del lago y de todo Guatemala fueron establecidos por los españoles después de que llegaron a subyugar a mis ancestros en el año 1525. Los españoles trajeron a los santos cristianos y estos se han convertido en los espíritus guardianes de nuestros municipios. Por eso los catarinecos somos hijos

de nuestra patrona Santa Catarina. Nuestra costumbre es casarnos con otra hija de Santa Catarina y recibir de nuestra santa patrona tanto el conocimiento como la suerte de pescar peces y cangrejos del lago para sobrevivir. La familia Ajcojóm, los más pobres entre los pobres del lago, ha vivido aquí quién sabe cuántas generaciones.

Mis espíritus guardianes y yo les contaremos la historia de mi familia, los Ajcojóm, y del lago más bello del mundo. La historia comienza antes de que yo naciera y continúa después de mi muerte quizás porque nuestra historia es también la historia de nuestro país. Con la reputación de charlatán que tiene el coyote, debo advertirles que los protagonistas y los eventos en nuestras historias son reales excepto cuando no lo son. Cuando no son reales, pudieron haberlo sido.

A veces habla el coyote, eterno y omnisciente, a veces el pez con su conocimiento íntimo del lago y a veces yo mismo, Rodolfo Luis. A mi tocayo, el sacerdote por el que me pusieron mi nombre —en vez del nombre de mi abuelo Vicente— sólo lo conocí estando yo dormido. A partir de mis sueños comenzamos esta historia.